

Título: SÓLO JUGABAN

Pseudónimo: SOL

SÓLO JUGABAN

Atravesó el portal de su pequeña casa de campo lleno de satisfacción. Su esposa Elena lo vio llegar feliz con su indumentaria de caza, la escopeta al hombro y mostrando ambas manos en alto, sujetando las piezas que había cobrado en esta jornada: dos conejos y tres perdices; sin duda, el día de caza se le había dado muy bien.

Elena salió a recibirle y lo acompañó hasta el pequeño jardín situado en la parte posterior de la casa, lugar donde sus tres pequeños hijos, Luis Marta y Antonio, jugaban juntos absortos en sus fantasías, totalmente ajenos a todo cuanto les rodeaba. Tanto era así, que no se percataron de la presencia de sus padres en el jardín, continuaron con aquel juego en el que parecían fingir, sin duda, una secreta y mágica reunión.

Juan los llamó para atraer su atención.

- ¿Dónde están mis duendes favoritos?

- ¡Aquí, aquí! - respondieron los tres al unísono abandonando el juego.

Se levantaron del suelo en el que se hallaban sentados y corrieron hacia su padre abrazándose a su cintura.

En el suelo, quedó a la vista un pequeño círculo con unos extraños dibujos a tiza sobre los cuales había un par de mariposas y unas orugas muertas.

- ¿Qué nos has traído hoy? - preguntó Luis, de 11 años, el mayor de los tres hermanos.

- ¡Si! ¡Si! dinos qué nos has traído - corearon Antonio y Marta, de ocho y seis años respectivamente.

Juan levantó los brazos y mostró orgulloso las piezas que había conseguido a sus tres hijos.

- ¿Los has matado tú? - preguntó Antonio asombrado.

- ¡Yo también seré cazador! - anunció Luis.

- ¡Ah, están muertos! - se lamentó Marta mientras acariciaba los cuerpos de los conejos.

Juan entregó las piezas a Luis y cogió en brazos a su pequeña.

- ¿A qué jugabais?

- No te lo puedo decir.

- ¿Ah, no?

- Es un secreto. - le susurró Marta al oído.

Juan observaba desde la ventana de la cocina la evolución de los juegos de sus hijos en el jardín mientras Elena preparaba un café.

- ¿Es normal que jueguen así? - preguntó Juan.

- No tienes por qué preocuparte, son cosas de niños, llevan varios días así, recogiendo insectos y depositándolos en ese círculo.

- ¿Dicen por qué lo hacen?

- Dicen que es un regalo, que los dejan en el círculo hasta la noche y vienen a por ellos, que por la mañana ya se los han llevado.

- ¿De quiénes hablan?

- No lo sé, dicen que es un secreto, que no les dejan que lo cuenten a los adultos, que sólo hablan con los niños.

- Este juego me da escalofríos.

- Pronto llegara el otoño, comenzarán las clases y olvidarán este tonto juego, ya lo verás.

El otoño llegó y los niños continuaban haciendo sus ofrendas en el jardín, hablando en voz baja y cuchicheando entre ellos al oído, mientras miraban de reojo a sus padres como vigilándoles.

A veces parecía que realmente estuvieran hablando con alguien que sólo ellos pudieran oír y ver.

Como pasaba el tiempo y no conseguían que los tres niños abandonaran ese juego, Juan y Elena comenzaron a preocuparse, por lo que decidieron estar más al tanto y vigilar la evolución de esta inquietante actividad.

En la tarde del domingo siguiente, Elena vio cómo la pequeña Marta salía corriendo con algo en las manos hacia el jardín.

- ¿Qué llevas ahí?

- Nada.

- Oh sí, algo llevas, ¡Enséñamelo!

Marta abrió un poco las manos, de las que escapó una pequeña lagartija.

- ¡Vaya, ya se escapó! Ahora tendré que buscar otro bicho para el círculo.

- ¿Ibas a regalársela?

- Sí, ahora quieren algo vivo.

- Cariño, tú sabes que no existen, que es una fantasía.

- No, son reales y si no les llevo pronto algo vivo, se enfadarán con nosotros. ¡Ups! – se cubrió la boca con las manos y se fue corriendo.

Juan estaba tras la puerta de la habitación de juegos de los niños, hacía ya demasiado frío para seguir jugando en el jardín.

Pegó la oreja a la puerta para intentar escuchar. En el interior le pareció oír una discusión.

- Ya no les basta con animalitos, ahora quieren algo más grande y vivo. - afirmó Luis.

- No, no podemos. – lloriqueó Marta - ¡Diles que no!

- Tenemos que hacerlo, ellos cuidarán de nosotros si se los entregamos.

- Seremos los amos del mundo. - dijo Antonio - Si primero lo hacemos nosotros, sé que más tarde lo harán otros niños.

- No, no podemos dejar que se lleven a papá y a mamá, los matarán. - susurró Marta.

- Lo siento, ya nos hemos comprometido. - concluyó Luis.

Juan no daba crédito a lo que estaba oyendo, ¿Qué clase de juego macabro era éste? No pudo contenerse más y entró en la habitación interrumpiendo el juego. Marta se echó en sus brazos llorando desconsolada.

- ¡Se acabó este dichoso juego! - Gritó Juan enfadado dirigiéndose a Luis.

- No es un juego, pasado mañana por la noche lo sabréis.

- No quiero volver a oír ni una palabra más sobre este asunto.

Juan comentó con su mujer lo que había pasado. En los dos días siguientes, los niños continuaban cuchicheando y preparando algo, en lo que Marta ya no participaba.

- Será esta noche, yo les abriré la puerta - decía Luis. Antonio asentía con complicidad.

La cena fue bastante tensa , Juan y Elena estaban realmente preocupados, no conseguían averiguar de qué hablaban. Tras enviar a los tres pequeños a la cama, se cercioraron de que puertas y ventanas estaban bien cerradas con llave o pasador.

No conseguían dormir, los niños les habían puesto realmente nerviosos.

Todo les sobresaltaba: una pequeña sombra, un ruido en el jardín, el viento golpeando en la ventana... no paraban de removerse entre las azules sabanas. Inquietos, comenzaban a tener miedo.

Las cuatro de la mañana y sin pegar ojo, Juan decidió ir a por la escopeta que guardaba en el trastero situado en el exterior de la casa junto al jardín.

Regresó con ella a la habitación, no esperaba tener que usarla.

Elena dormía por fin plácidamente cuando, unos pocos minutos más tarde, la puerta de su habitación se abrió de repente. Escucharon la puerta del jardín golpeando las paredes de la cocina.

- ¡Dios mío, ha entrado un ladrón! Tal vez dejé la puerta abierta cuando cogí la escopeta - pensó Juan mientras despertaba a Elena.

Ambos se asomaron fuera de la habitación sin ver nada anormal.

La luz del pasillo se encendió y apareció corriendo por él la pequeña Marta llorando y gritando.

- ¡Papá, mamá! Tenéis que ir, tenéis que ir, esconded, ya están aquí, Luis y Antonio les han abierto la puerta. ¡No quiero que os maten!

- Quedaos las dos aquí, yo bajaré a ver qué pasa.

Elena, con el corazón en un puño, se quedó en la habitación abrazada a su hija mientras Juan, con el arma en las manos, bajaba las escaleras hacia la planta inferior .

No le hizo falta encender el interruptor, la luz de la luna atravesaba la puerta abierta del jardín. Salió fuera y no vio nada. Esta vez se aseguró de cerrar bien la puerta. No había ni rastro de los chicos.

- Habrá sido una pesadilla - pensó.

Regresaba a la alcoba cuando sintió una extraña presencia a su espalda.

- ¡No! ¡No puede ser! - se dijo - ¡Es cierto, están aquí! - contuvo el aliento y se aferró con toda su fuerza al arma mientras se giraba.

De la penumbra salió una fantasmagórica figura que se abalanzó hacia él. Apretó el gatillo hasta tres veces sin apuntar. Con el corazón saliéndosele del pecho y sus ojos vidriosos por la falta de sueño, vio partirse en dos la gris y fantasmal presencia que cayó fulminada al suelo.

Un grito de terror escapó de su garganta.

En el suelo yacían bajo unas sábanas de color gris, en un gran charco de sangre, los cuerpos inertes de Luis y Antonio, uno subido encima del otro.

A sus pies, un pequeño cartel escrito a mano en el que rezaba: ¡¡BUUU!!

Desde la escalera, Elena, abrazada a su pequeña, vio con desesperación la dantesca escena.

Juan, arrodillado con la cabeza entre las manos, gritaba:

- ¡Una broma, sólo era una maldita broma!

Fin.